

Otro dice que me hacen  
Los álamos con sus troncos  
Paso y calle, y la que tengo,  
Sin que me la den, la tomo;  
Que á pesar de sus raíces;  
Si en invierno me alboroto,  
Sin que me rueguen me ensancho,  
Y me llevo cuanto topo.  
Otro dice que soy manso:  
Miente el traidor! que me corro  
De que traslade á mi frente  
La sobra de sus pimpollos;  
Porque yo no soy casado,  
Ni me han nacido floriscos  
En la cabeza, ni en ella  
Tengo las leyes de Toro.  
Otro, que me desvanezo  
Por prestarme sus asomos,  
Sin haber humos de Baco  
Escalado mi cimborrio.  
Otro dice que murmuro:  
¿Quién no ha de volverse un Momo  
Contra cuantos critiquizan  
Filomenas siendo tordos?  
Con cabriolas de plata  
Que bailo, me dijo otro,  
Un saltaren de cristal  
Cuando sobre piedras corro.  
Trovadores, ¿qué os he hecho,  
Que por burro en versos broncos  
Me sacais á la vergüenza,  
Ya por valles, ya por sotos?  
¿Poetas sin rey ni roque!  
Por vengarme de vosotros  
He de escribir un libro  
De *Flagello poetorum*.  
Válgate un millon de musas,  
Casquivano y casquioto:  
¿Qué te importa que yo sea  
Calvo, manco, tuerto ó cojo?  
Y si canta vuestra musa  
En lengua española, ¿cómo,  
Si el poeta es castellano,  
El lenguaje es en moscovio?  
¿No es mejor llamar al vino,  
Vino; solomo al solomo,  
Que no á los labios claveles,  
Y á las mejillas madroños?  
Yo me voy corriendo al mar,  
Y entre sus ondas me escondo,  
Por no escuchar barbarismos  
Con falso disfraz de apodos.

(POLO DE MEDINA, *Obras*.)

1665.

(De Antonio de Silva.)

Clérigo que un tiempo fui  
En el estilo burlon,  
Al son de un zapateado  
Y una guitarra cantor;  
Los impulsos de Cupido,  
Si del fiero Marte no,  
Aunque ya para poetas  
Martes los sábados son,  
Canto, y el barbon famoso  
Que un cántaro en un balcón,  
Pensando que era su ninfa,  
Una noche enamoró;  
Respondióle el vice-dama,  
Y no cause admiración,  
Si hay fuentes murmuradoras,  
Que haya cántaro hablador.  
En demandas y en respuestas  
La plática se entabló,  
Y estas solemnes palabras  
Del cantariloquio son.

Cántaro.

Disfrazada vengo á veros,  
Por mas disimulacion;  
Bien estáis desconocido,  
Pero mal conocedor.

Galan.

¿Cómo os hallais?

Cántaro.

Achacosa  
Porque el beber me causó  
Una cierta hidropesia  
Envuelta en opilacion.

Galan.

¿Mucho lo siento!

Cántaro.

Seguro  
Nadie de achaque se vió.  
Que como somos de barro,  
Vivimos en sujecion.

Galan.

Tomad, señora, el acero.

Cántaro.

¿Cómo, si aun tengo temor  
Que los hierros de esta reja  
Me acallen de algun chichon!

Galan.

No temais, mi bien, que un ángel  
Debe tener mas valor.

Cántaro.

¿Aun no llevo á ser quebrada,  
Y ya requetrada soy!

Galan.

¿Qué decis, ojos serenos?

Cántaro.

¿Serenos? Teneis razon  
Que serenos os parezcan,  
Pues serenándome estoy.

Galan.

Por vos muero, vida mia,  
Y vivo solo por vos.

Cántaro.

No me digais, por vos vivo;  
Decid bebo, que es mejor.

Galan.

A mi ruego os inclinad,  
Que se abrasa el corazon.

Cántaro.

¿Pues á fe, que si me inclino,  
Que yo os mitigue el ardor!

Galan.

Arde un volcan en mi pecho,  
Del fuego de mi pasion.

Cántaro.

Yo os apagaré el volcan,  
Volcándome sobre vos.

Galan.

Vos sois mi cuarto elemento.

Cántaro.

Los cuatro están en los dos,  
La tierra y el agua en mí;  
El aire y el fuego en vos.

Galan.

Quiero una música daros,  
Si es de vuestra inclinacion.

Cántaro.

¿No lo ha de ser, si mi nombre  
De cantar se derivó?

Galan.

¿Hacéis á alguna persona  
Participe en nuestro amor?

Cántaro.

Nunca para mis amores  
Gobertera me faltó.

Galan.

¿Podré una mano tomaros?  
¿Dadme este gusto, por Dios!

Cántaro.

¿Para qué quereis mas gustos,  
Si todos aguados son?

Galan.

¿Sois cruel!

Cántaro.

¿Qué mas piadosa  
Me quereis, si ejecutor  
Siempre de una de las obras  
De misericordia soy?

Galan.

¿No hallaré mujer mas bella  
En cuanto circunda el sol!

Cántaro.

Aunque la mandeis hacer  
En la villa de Alcorcon.

Galan.

Quiero, haciendo mil extremos,  
Que conozcais mi aficion.

Cántaro.

No teneis para qué hacellos,  
Porque no soy de Extremoz.

Galan.

¿Qué me mandais, alma mia,  
En que muestre mi pasion?

Cántaro.

¿Alma vuestra me llamais?  
Alma de cántaro sois.—  
Y cuando en términos tales  
Iba la conversacion,  
Llegó una moza por agua,  
Y un tapaboca le dió.

(ALFAY, *Poesias varias de grandes ingenios, etc.*)

1664.

(De Alberto Diez de Foncalda.)

¿Oye, amigo! Oye, cochero!  
¿Con quién hablo? ¿qué me mira?  
Porque no obstante su azote,  
Ha de llevar disciplina.  
Oigame, veré qué tal  
Pongo su caballería,  
Aunque tenga el pié en la lanza  
Y esté montado en la silla.  
¿Puedese hacer en el mundo  
Tan grande bellaquería,  
Lleve un cochero rodando  
Lo que un galan no consiga?  
Pero como las mujeres  
Son tan malas sabandijas,  
Por quien se ven arrastradas  
Suelen estar mas perdidas.  
¿El agasajo es famoso!  
Cuando mas quiere servillas,  
Hace, dando un pesebron,  
Las damas caballerizas.  
¿Hombre! ¿No ve que es pobrete,  
Pues á la fea y la luda  
Piensa llevarla cerrada  
Con un correr de cortina?  
Ya sé que por mas que ofrezca  
No cumple nada en su vida;

Que esto de volver atras  
Lo suele hacer cada dia.  
Al médico se parece  
En su flema y en su prisa,  
Pues está, cuando mas corre,  
Aguardando la visita.  
Dicen que habla echando juncia;  
Y cierto que acertaria,  
Pues tiene el freno en la mano,  
Subirselo mas arriba.  
No le temo aunque sea diestro;  
Que toda su valentía  
Viene á ser tomar la vuelta  
Yendo de esquina en esquina.

(ALFAY, *Poesias varias de grandes ingenios, etc.*)

1665.

(De Alberto Diez de Foncalda.)

Una casera de clérigo,  
Segun el traje y lo crítico,  
Viéndola junto á San Lazaro,  
Enamoré muy solícito.  
Como tuvo la carátula  
Cubierta, yo gustosísimo,  
Qu'era mas moza creyéndome,  
Dije aquesto nada tímido.  
—Mi señora Doña Ursula,  
Sepa me llamo Don Inigo,  
Y no á mis partes incrédula  
Me tenga por algun misero:  
Todo lo que en festejándola  
Hubiere de estarme lícito,  
Como pagare mis méritos  
Ofrezco de hacer finísimo.  
Si gustase de una música,  
Aunque no es don salufiero,  
Haré suspender al cántico  
Los superiores y mínimos.  
No tema tratos mecánicos,  
Que no están en lo político,  
Y así pueden con el ánima  
Pagar d'este amor lo intrínseco.  
Quiérame bien, no sea bárbara,  
Que mi amor es sutilísimo;  
Y ya que no las de Tántalo,  
Pasa las penas de Sísifo.—  
Respondió:—Mozo venático,  
Yo sirvo á un hombre muy rígido;  
Y si lo sabe, en esdrújulos  
Ha de vengarse satírico.  
No piense que concluyéndome  
Con argumentos sofisticos,  
He de olvidar mi eclesiástico  
Por dueño ménos legítimo.—  
Al responder, conociéndola,  
Huyendo de amor tan ínfimo,  
Le dije:—¿Cómo carámbano  
Me he vuelto agora, de frígido?  
Del principio destapándose  
Pudiera, portuguesísimo,  
Por ser mujer presumiéndome  
Descubrir luego lo íntimo.  
A ese su dueño escolástico  
Podrá decir que un gradísimo  
De picarones, platónico  
Se le encomienda muchísimo;  
Que traga muy linda píldora,  
Segun lo que agora *vidimus*.  
Y si hace versos diabólicos,  
Yo me vengaré con dísticos;  
Que deje pues lo poético,  
En que soy hombre científico,  
O he de apuralle impávido,  
Pues hay asunto bonísimo.

(ALFAY, *Poesias varias de grandes ingenios, etc.*)

1666.

Á LA HERMOSA Y TAIMADA NISE.  
(De Don Jacinto Alonso de Malvenda.)

—Nise en donaire es primera,  
Y chilindron de claveles;  
Su boca y sus blancas manos  
Son garatusas de nieve:  
El triunfo de espadas sale  
De sus ojos, pues da muerte;  
Y es de oros, cuando taimada  
Pide con cara de hereje.  
Muy leida en su provecho,  
Siempre juega al sacanete,  
Y sin ser alguacil, rondas  
Hacer en las bolsas quiere.  
Sospechóse que jugaba  
Al hombre, y vino á saberse  
Que dió el soplo una hinchazon  
Al cabo de nueve meses.  
A los ciento juega astuta,  
Tan interesadamente,  
Que se queda con los ricos,  
Y descarta los pobretes.  
Es fullera por extremo,  
Siempre gana y nunca pierde;  
Y es garitera: en su casa  
Procura que todo quede.  
De ella misma por ganar  
Hace siempre lo que quiere,  
Que es malilla; pero en ella  
El diminutivo cese.  
Pendanga à *nativitate*  
Es, y tanto lo parece,  
Que aunque la pinta es de sota,  
Lo pendanga no desmiente.  
Es caballo desbocado  
Su apetito, y se previene  
La misma cebada que  
Dió á sus caballos Diomedes.  
Jamás pudo ganar polla,  
Que este tiempo es muy estéril,  
Y es su manjar ordinario,  
A mediodía, pasteles.  
Para hacer grande ganancia  
Cincuenta y cinco pretende  
Tener siempre de galanes,  
Porque es poco tener veinte.  
Una trunca de criadas,  
Mironas eternamente,  
Tiene en su casa y le juzgan  
En su favor cualquier suerte.  
Yo sospecho que á su madre  
Han de mandar que la quemem,  
Que es hechicera también;  
Como de ordinario suelen,  
Mandar en casas de juego  
Quemar bancos y butetes,  
Temo que á tal vieja abrasen;  
Que no sé yo qué aproveche,  
La que es de años un monton,  
Para otra cosa, pues viene  
A ser ganancia, que el tiempo  
Jugó y ganóle los dientes.  
Nise, Nise, si tus años  
Agora los ves tres sietes  
Del juego del chilindron  
De primera han de volverse.  
Muy bien haces en tomar;  
Bien que pidas me parece;  
Digan los poetas, digan;  
Y tú estafa, estafa siempre.—  
A tan sonoras razones  
Y á consejos tan alegres,  
Para vivir importantes,  
La discreta Nise atiende.  
No en la plaza contra un hombre  
Toro feroz arremete,  
Como la niña, si ve

Que dalle dineros puede,  
Y hace promesa á su astucia  
De jugar tanto, que llegue  
A ser la mayor tahura,  
La mas sutil, la mas fértil,  
De pandillas que conoce  
El interes, y promete  
Que sean sus naipes hechos  
Dos cincos de uñas que tiene,  
Los cuales serán azares  
Del pobre que los encuentre,  
Del rico que los repare  
Y del bobo que los juegue.

(MALVENDA, *El tropezon de la risa.*)

1667.

DE DOS RAMERAS QUE PEDIAN DULCES.  
(De Don Jacinto Alonso de Malvenda.)

Oigan, y sabrán un chiste  
Que con dos, con almas tumbas,  
Me sucedió esta mañana:  
Va de gracejo y de fuga.  
Para que á contarlo acierte,  
Apolo me dé su ayuda,  
Y porque asonantes sobren,  
Válgame las sacras musas.  
Hoy en la calle Mayor  
Topé dos bellacas sumas,  
Cuya cuenta de bellacas  
No podrá sacar mi pluma.  
Eran dos micos en pié,  
D'estas que tienen agudas,  
Si los juro en la cara,  
Toda la renta en las uñas.  
Descubrióse la una d'ellas,  
Y dijo:—Por vida suya,  
Que nos dé algo dulce: mire  
Que aun estamos en ayunas!—  
Yo respondí:—Si las dos  
Dulces quieren, no presuman  
Que han de dejar de llevarlos:  
Ayer escribió mi musa  
Una letra, y el principio,  
Cuyos concetos retumban,  
Unos ojos dulces, dice,  
Y el tono al sentido arrulla:  
Estos dulces les daré,  
Y adviertan, si no tripulan  
El pedir, que es de poeta  
Mi bolsa medio cartuja.  
Si es que quieren estafarme,  
Tan alto el precio no suban;  
No me pidan á mí dulces;  
Pidanme aloja, aceitunas,  
Barquillos, queso, tostones,  
Chochos, cañamones, fruta,  
Que un poeta, hasta lo dicho,  
Puede dar, y aun pongo duda.—  
Respondió casi enojada  
Una de aquestas dos brujas:  
—Ya que no quiere feriarnos,  
Por ser pobre, cosa alguna,  
A ver la justa poética  
Nos lleve á las dos.—Renuncia  
Ese deséó mi honor,  
Dije con cólera mucha;  
Porque es la justa en mi casa,  
Y es celosa Doña Julia  
Mi mujer, y pecadoras  
Mujeres no han de ir á justas.  
—¡Ay!; El bellaco tan claro  
Nos habla? casi difantas  
Respondieron; pero yo  
Que nunca he sufrido pulgas,  
Y mas de gente que va  
Bolsas dejando á la luna,  
A todas horas buscando

Galanes que las espulgan,  
Les dije d'esta manera:  
—Si es que las dos se disgustan,  
Porque digo el Evangelio,  
No tienen que darme culpa.  
Muy bien las he conocido:  
Ella es un monton de arrugas,  
Y su faz mucho mas negra  
Que no la mala ventura;  
Pero aplicando embelecos  
Habla siempre de blancuras:  
Impropiedad, pues que vemos  
Que si habla es por las mudas,  
Y vuesaerced es taimada;  
A los pobres que la buscan  
Coge todo lo que puede;  
Y cuando gozar procuran  
Su deidad, como merecen,  
Por sus trazas y su astucia,  
De relamida la borla,  
A todos les hace burla.  
Pague el escote, si come;  
Hile, hile, que las truchas  
Ya no se pescan agora,  
Señora, á bragas enjutas.—  
Enojáronse del todo,  
Y á puñadas me magullan  
Las espaldas, y yo dije:  
—Lo que referi son burlas  
Y sofisticas razones.  
—¿Qué disputa? Qué disputa?—  
Me dijo la una:—y yo  
Respondí con mucha furia:  
—Dis-putaros, dis-putaros  
Será imposible, tortugas,  
Que no he de quitar aquello  
Que tenéis desde la cuna;  
Ni nombre qu'es mayorazgo  
No es bien que hurtaros presuma,  
Pues el que os dis-puta á entrambas,  
Toda vuestra hacienda hurta.—  
Fuéronse entrambas corridas,  
Enfadadas y confusas,  
A buscar otro mas bobo,  
De bolsa mas boquirubia;  
Yo quedé haciendo á Dios gracias  
De que escapé de dos furias,  
De dos del agua sirenas,  
Y de la tierra verrugas;  
De dos sierpes, de dos fieras,  
De dos naipes de figuras,  
De dos del aire cometas,  
Y de dos de alquiler mulas;  
De dos ya sastres con moño,  
De dos ya sin *N* puntas,  
De dos suegras, de dos moscas,  
De dos viejas, de dos Júdas,  
De dos de interes amigas,  
De dos feas, de dos brujas,  
De dos nichos del dinero  
Y de dos del diablo grutas.

(MALVENDA, *El tropezon de la risa.*)

1668.

SÁTIRA Á DIVERSAS COSAS.

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda.)

Boca de todas verdades  
Me llaman cuantos me ven:  
Todo cuanto sé publico,  
Y aun aquello que no sé.  
A los poetas no pida  
La que sabia quiere ser,  
Porqu'es sacarles dinero  
Poner una lanza en Fez.  
Diez galanes para el plato  
Suele una hembra tener;  
Y hace muy bien, porque uno

No da lo que darán diez.  
De calidad del maná  
Es de un letrado la ley,  
Pues cuando le dan dinero  
Sabe á cuanto quiere él.  
Invisible y enfadosa  
Sin duda es la doncellez,  
Pues en los tiempos de ahora  
Ninguno la puede ver.  
De modo el vino bautiza  
Un tabernero cruel,  
Que al beber su vino aguado  
Dos saltos ví dar á un pez.  
Una viejona arrugada,  
Archivo de la vejez,  
De alfombra puede servir  
A los piés de San Miguel.  
Hoy acuden las mujeres,  
Por vestir y por comer,  
A las bolsas donde hay mosca,  
Como moscas á la miel.  
Aposento en la comedia,  
Porque la vean mas bien,  
Toma Celia, y á la noche  
No tiene para un pastel.  
Desde que de juncos se usan  
Las varas, veo torcer  
La justicia, y hay Cain  
Alguacil de bolsa, Abel.  
Del nacimiento en el auto  
Marido hay que puede hacer  
De los dos papeles mudos  
El mas paciente papel.  
A los calzones las ligas  
Llegan á todo correr;  
Y muy presto en la ropilla  
Sospecho que las verá.  
Que haya espadas del perrillo,  
Señores, muy justo es;  
Pero si es muerto, aun la espada  
Lo sentirá, que es mujer.  
Cosas de mas importancia  
En otra ocasion diré,  
Si me da lugar el vulgo  
Loco, insensato y novel.

(MALVENDA, *El tropezon de la ri-a.*)

1669.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Por la dolencia va el viejo,  
Por la dolencia adelante;  
Los brazos lleva tollidos,  
No los puede rodear.  
Halló en ellos mil dolores,  
Mas no halló dó holgar:  
Vuelve riendas al caballo,  
El remedio va á buscar.  
Vió estar un cirujano perro,  
Que velaba en el ganar;  
Hablóle en lengua francesa,  
Como aquel que bien la sabe:  
—Digasme tú el cirujano,  
Dios te guarde para mal,  
¿Caballero con pasiones,  
Si le sabrás tú sanar?  
—Ese doliente, señor,  
Decidme, ¿qué males ha?  
—El era viejo de dias;  
Pero no gran barragan,  
Y en el su brazo derecho  
Tenia un dolor muy grande;  
Que anqu'él era chiquito,  
Lo ganó por pelear.  
—Ese caballero, amigo,  
Morirá en el hospital,  
Porque tiene dos heridas  
Que no se pueden curar:

La una era vejez  
Cercada d'enfermedad,  
Y la otra era pobreza,  
Qu'es un águila caudal,  
Pues vive de día y victo,  
Como hace el gavilan.

(Cancionero de romances.)

† Este romance contrahace en estilo jocoso el caballeresco núm. 393: En los campos de Alentosa, desde donde dice: Por la matanza va el viejo.

1670.

(Anónimo.)

—A las armas, el buen Conde,  
Si lo has en voluntad:  
Los amores son entrados  
En español y alemán;  
Entran por el Don García  
Y salen por Pernestán.  
No van solos los galanes,  
Que al Marques cuidado dan;  
Los vestidos que llevaban,  
Arneses son de justar,  
Y los gestos que traían  
Relumbran como cristal.  
Si no recuerdas, el Conde,  
Ellos te la llevarán.—  
Recordado había el Conde,  
Bien oiréis lo que dirá:  
—Mis arreos son muchos cuentos,  
Mi descanso es el burlar,  
Mi cama, blanda y mullida,  
Mi dormir, siempre engordar;  
Lo que bebo no lo lloro,  
Aunque había que llorar:  
Por amores de tal dama  
Esto y mas se ha de pasar.

(Códice de 1643.)

† Romance que contrahace el caballeresco núm. 500, que dice: Mis arreos son las armas.

1671.

(Anónimo.)

Mártes de carnestolendas,  
Cuando galanes y damas  
En convites y saraos  
Se ocupan y se regalan:  
A la tarde, cuando todos  
Se huelgan y no trabajan,  
Que hasta los aguadores  
No echan por entónces agua:  
En este tiempo los asnos  
Deja cada cual su casa:  
De tres en tres, cuatro á cuatro  
Salen cuadrillas formadas.  
Todos con jáquimas nuevas,  
Nuevas albardas y mantas,  
Pretales de seda fina  
Y cascabeles de plata.  
Atraviesan cual el viento  
La plaza de la Cebada;  
Desempedrando la calle,  
Todos hácia el Soto marchan.  
Cubrióse el Soto de asnos,  
Que era maravilla extraña  
La confusion y el ruido,  
Las voces, el algazara.  
Despues que estuvieron juntos  
Comienzan en voces altas,  
Diciendo:—¿Quién son jueces  
D'este nuestro pleito y causa?—  
Resueltos todos los burros,  
Por sus jueces señalan  
Al gran borrico de Ordoñez

Y al asnazo de Saldaña.  
Dijeron todos:—Bien es  
Razon evidente y clara,  
Ya para que ellos lo sean,  
Por ser de la mas anciana.  
Diéronles el parabien  
Y luego en breves palabras  
Hicieron procurador,  
Porque les es de importancia.  
Metieron su peticion  
Pidiendo en ella venganza  
De los agravios y injurias  
Con que sus amos les tratan.  
Viendo-ser justa razon  
Lo que los asnos demandan,  
Proveyeron que parezcan  
Los de la parte contraria,  
Parecen los dichos amos,  
Y en su confesion declaran  
Que es verdad lo que los asnos  
Piden con razon y causa.

(Relacion del sentimiento de los moriscos, etc.  
Pliego suelto.)

1672.

(Anónimo.)

Paseándome una noche  
Con ferreruelo y espada,  
Yendo libre y descuidado  
Atravesé cierta plaza,  
Y en ella vi una tendera  
Que con su hermosa cara  
Las tinieblas de la noche  
De la calle desterraba.  
Y parte con el candil,  
Y parte con su luz clara,  
Vi que sueltos y sin orden  
Unos cabellos mostraba,  
Que no se les da un ardite  
Por el oro de la Arabia;  
Una frente que al cristal  
Mas fino no tiene en nada;  
Unos ojazos rasgados  
Que los corazones rasgan;  
Una nariz pequenuela,  
Pulidilla y bien sacada;  
Unas mejillas que exceden  
A las rosas coloradas,  
Con dos hileras de perlas  
Que afrentan á las mas blancas,  
Y dos corales por labios  
Que aquestas perlas engastan;  
Una barba con un hoyo  
Donde ojalá me enterrarán;  
Un pecho que al alabastro  
Le puede dar quince y falta,  
Do puso naturaleza  
El plus ultra de la gracia,  
Y de donde la columna  
Imperial se le levanta.  
Las manos, por no mentir,  
Nieve son, pero pisada;  
Porque el vender del carbon  
No consiente manos blancas.  
Allegueme hácia su tienda,  
Por proponer mi demanda;  
Mas estaba allí su madre,  
Una mujer gorda y alta,  
Y así no pude hablar  
En mi amor una palabra,  
Temiendo no alborotase  
Con voces toda la plaza,  
Como es propio de tenderas  
Cuando se ven agraviadas.  
Quise tomar ocasion  
De comprar unas manzanas;  
Pero buscando la bolsa

Metí la mano en las calzas,  
Y halléla sola y desierta,  
Huérfana, viuda y sin blanca.  
Aguardé que no estuviese  
Su madre otro día en casa,  
Y teniendo coyuntura  
Le dije aquestas palabras:

Redondillas.

—Señora, en aquesta plaza  
Y en esta tienda amor tiende  
Las redes con que nos prende,  
Y los lazos con que enlaza.  
Querria, con tal que quieras  
Darme, sin tomar pasion,  
A peso de un corazon,  
Lo que pesare, de peras.  
Sácamelo de este pecho,  
Pues que lo tienes aquí;  
Mas tómallo, veslo ahí:  
Para peras te lo echo.

No te está bien ser cruel,  
Que es de tu beldad exceso;  
Pues cuando tienes el peso  
Pareces un San Miguel.

Pesa bien mi amor sencillo  
Y mi firme voluntad,  
Con toda fidelidad,  
No jugando de dedillo.

No uses de tales mañas,  
Que es treta que se me alcanza,  
Sino ajusta la balanza;

Mira que no es fruta entrañas;  
Ni será bien, ángel tierno,  
Segun lo que se me ofrece,  
Que quien del cielo parece  
Tenga obras del infierno.

Ea, seamos amigos,  
Y por mi amistad inmensa,  
No me des en recompensa  
Las madres de aquestos bigos.  
¿Por qué tan suspensa estás?  
Que en eso mi amor ofendes,  
Y con el carbon que vendes  
Enciendes mi fuego mas.—

Sigue el romance.

Ella pues, que no podía  
Sufrir ya tantas palabras,  
Porque con ceño mortal  
Todas me las escuchaba,  
Con gran capote en los ojos,  
Y capote de dos aldas,  
Así dió injusta respuesta  
A mi tan justa demanda.

Redondillas.

—Señor, acorte razones,  
Y déjese de ese afán,  
Que yo como carne y pan,  
No almas ni corazones.

Acabe, no sea pesado,  
Y en sus pretensiones cese;  
Que no es posible que pese  
Un corazon tan pesado.

Y si San Miguel he sido,  
Galan á su parecer,  
El parece Lucifer

Que á sus piés está tendido.  
Váyase, no sea molesto,  
Ni mas de necio despunte;  
No me dé ocasion que junte  
Un cesto con otro cesto.—

Sigue el romance.

Esto dijo, y así luego  
Un cestillo de manzanas,  
Y creo con él me diera  
Si de allí no me apartara:  
Tras el cual venir veía  
Las pesas con que pesaba;

Y por tanto temeroso  
De que me descalabrara,  
Al fin la dejé, entre dientes  
Echando mil noramalas,  
Para ella y para su madre,  
Y para quien fuere á hablarla.

(Romancero general.)

1675.—1674.

(Anónimo.)

Cabizbajo y pensativo,  
Puesto en un peñasco el codo,  
Con la mano en el pescuezo,  
Estaba el pastor Chamorro,  
Viendo cómo van y vienen  
Las aguas al río Cofio,  
En cuyas riberas vive  
Ausente, olvidado y solo.  
Lleva la cara tostada  
De lágrimas y de mocos  
Por su prenda, que ha dejado,  
Porque le dejó por otro.  
Sospéchase que una tarde  
La vió bailar en el corro,  
Y que pisó el pié á un zagal,  
Y él la miró de mal ojo;  
Y con este pensamiento,  
Como novillo celoso,  
Bramando la voz despide  
Del pecho al garguero ronco.  
—; Oh mas falsa pastorcilla  
Que las trampas de los lobos,  
Y mas dura que en tortuga  
La concha, que no el meollo!  
Piensas que por Penelope  
Te tienen agora todos,  
Y no hay niño que no diga  
Que quieres bien á Chamorro:  
Quitástele la gorguera  
Con la sarta de abalorio,  
Y pusistele el mandil  
Con que haces el mondongo.  
Si lo pensaste encubrir,  
; Eso, Marica, á los bobos!  
Que bien se ve por la saya  
Cuando se quema el quillotro  
Que el fuego del corazon  
Mal se cubre con rebozo.  
A fe que le quieres bien,  
O que yo soy mal astrólogo  
Por el talle no lo hiciste,  
Que aunque á él le apunta el bazo,  
Yo tengo mas ancha espalda,  
Y soy mas tieso de lomos.  
Por los ojos no lo hiciste,  
Que si él tiene blancos ojos,  
Yo los tengo como gato,  
Que dicen son venturosos.  
Pues por tañer, ya tú sabes,  
Marica, que aunque mas gordo,  
Yo le aventajo en la flauta,  
Y me dura mas el chorro.  
Pues en cantar, ya tú sabes  
Que hago letras y tonos,  
Y que salto como cabra,  
Y que vuelo como corzo.  
En lo que toca á regalos,  
Ninguno mas amoroso,  
Que Antonia suele decir  
Que nací para palomo;  
Y por esto el otro día  
En un corrillo de mozos,  
Estando delante de él,  
Quisiste echarme un apodo:  
Que decir que son ofertas  
Bien sabes que es testimonio  
Del que sucle en Juéves Santo

Colgar el cura del olmo.  
 Marica, si te ofendi,  
 Le ruego á Dios poderoso  
 Que me nazcan tantas potras  
 Como agora guardo potros;  
 Y al mismo ruego, Marica,  
 Pues me dejas por un tonto,  
 Se te olvide lo que sabes  
 Aunque se te olvide poco;  
 Y que mientras en él piensas  
 Se te queme el pan del horno,  
 Y se te salga la cuba,  
 Y vaya el borrico al solo;  
 Y si hilares al candil,  
 Aguardando al perezoso,  
 Te duermas á cabezadas  
 Y que se te queme el copo;  
 Y se te abra la parva  
 Del fuego de los rostros;  
 Langostas coman tus panes  
 Y muchachos tus cohombros;  
 Apedréense tus viñas  
 Y púdranse tus repollos;  
 Gatos coman tus conejos,  
 Milanos coman tus pollos,  
 Puerkas te sorban el suero,  
 Ratonos el queso todo;  
 Y si arroje hacer quisieres,  
 Galgos te viertan el mosto,  
 Y que el día de San Juan  
 Ni bailes ni veas toros:  
 Si bailares, que á la noche  
 Te duelan brazos y hombros;  
 Que presto veas de enero  
 El pecho que abra agosto,  
 Que pienso con esta ausencia  
 Poner mi salud en cobro.—

(Flor de romances, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte. — It. Romancero general.)

1675.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Por los chismes de Chamorro  
 Desterrado y despedido,  
 Simocho, el pastor de Albano,  
 Se puso por regocijo  
 El sayo de entre semana,  
 Y de la fiesta el pellico:  
 Todo lo trueca por armas,  
 Que quiere salir lucido.  
 Galan sale del aldea  
 Con un gregüesco amarillo,  
 Jubon de lienzo casero  
 Con sus pestañas de rizo;  
 Del color de su ventura  
 Lleva un negro coetillo,  
 Que fuera blanco en el tiempo  
 Que la fortuna lo quiso;  
 Un bohemio verde lleva  
 Del tiempo del rey Perico,  
 Que aunque le tiene en los hombros,  
 Se va teniendo en sí mismo;  
 Que siempre larga esperanza  
 Se apolilla en el sentido,  
 Si no la sacan al aire  
 Que se la lleve de frío.  
 Cabezón de puntas lleva  
 Almidonado de limpio;  
 La gorra con martinetes,  
 Los pies con juanetes finos,  
 Que lleva entre unos y otros  
 De su dama el nombre escrito,  
 Que Juana Nuñez se llama,  
 Hija de Pedro Francisco,  
 El que en la fiesta de Dios  
 Lleva el gigante mas chico,  
 Y otras veces la tarasca

Que hace llorar á los niños.  
 Desterraron á Simocho,  
 Porque Chamorro les dijo  
 Que hizo coplas de Juana  
 Y de Pascual su marido;  
 Del que dijo sobre todo  
 Que no comia tocino,  
 Y que ella comia carne  
 En viérnes como en domingo.  
 Por eso se va Simocho  
 Desterrado y despedido;  
 Sus enemigos se huelgan  
 Y lloranle sus amigos:  
 Acompañante piojos,  
 Ganado de los perdidos,  
 Que van con el desterrado  
 Acompañando el vestido.  
 Lleva una espada mohosa,  
 Y de una sogá los tiros,  
 Media de lana morada,  
 Y sus ligas de pajizo;  
 Una pica lleva al hombro,  
 Porque su suegra le dijo  
 Que ha de ganar por la pica  
 Lo que perdió por el pico.  
 Con esto parte Simocho  
 Diciendo: — Dáseme un prisco  
 De Juanilla y de su padre,  
 De sus tios y sus primos,  
 Que tres ducados da el rey  
 Y á cuenta de ellos, vestidos.  
 Irme quiero á las Italias,  
 Que tengo buen cuerpo y brio:  
 Llamaréme Don Simocho,  
 Diré que soy bien nacido,  
 Quizá seré general  
 O mochilero de amigos;  
 Porque, como de los puercos  
 Se hacen los obispillos,  
 Así tambien de los hombres  
 Los curas y los obispos.—

(Romancero general.)

1676.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Agora que estoy de espacio  
 Cantar quiero en mi baurrria  
 Lo que en mas grave instrumentó  
 Cantara, mas no me escuchan.  
 Arrimense ya las véras,  
 Y celébrense las burlas,  
 Pues da el mundo en niñerías,  
 Al fin, como quien cadauca,  
 Libre un tiempo y descuidado,  
 Amor, de tus garatusas,  
 En el coro de mi aldea  
 Cantaba mis aleluyas.  
 Con mis perros y huron,  
 Y mis calzas de gamuza,  
 Por ser recias para el campo,  
 Y por guardar las velludas,  
 Fatigaba el verde suelo  
 Que mil arroyuelos cruzan  
 Como sierpes de cristal  
 Entre la yerba menuda,  
 Ya cantando orilla el agua,  
 Ya cazando en la espesura,  
 Del modo que se ofrecian  
 Los conejos con las murtas.  
 Volvia de noche á casa,  
 Dormía á sueño y sultura,  
 No me despertaban penas,  
 Mientras me dejaban pulgas;  
 Y en la botica las tardes  
 Me daba muy buenas zurras  
 Del trunfo, con el Alcalde,  
 Del ajedrez, con el Cura.

Gobernaba de allí el mundo,  
 Y daba á soplos ayuda  
 A las católicas velas  
 Que el mar de Bretaña sulcan;  
 Y hecho otro nuevo Alcides  
 Traslataba sus columnas  
 De Gibraltar al Japon  
 Con el segundo plus ultra.  
 Daba luego vuelta á Flándes,  
 Y de su guerra importuna  
 Atribuía la palma  
 A la fuerza y á la industria;  
 Y con el Beneficiado,  
 Que era doctor por Osuna,  
 Sobre Antonio de Lebrija  
 Teniamos mil disputas.  
 Argüiamos tambien  
 Medidos en mas honduras,  
 Si se podian comer  
 Esparragos con la bula.  
 Veníame por la plaza,  
 Y de paso vez alguna  
 Para mi llevaba pollos,  
 Para mis vecinas plumas.  
 Comadres me visitaban,  
 Que en el pueblo tenia muchas:  
 Ellas me llaman compadre,  
 Y taita sus criaturas;  
 Y cuando se me ofrecia  
 Caminar á Extremadura,  
 Entre las mas ricas d'ellas  
 Me daban cabalgadura:  
 Lavábanme ellas la ropa,  
 Y en las obras de costura  
 Ellas ponen el dedal,  
 Y yo les prestaba agujas:  
 A todas queria bien,  
 Con todas tenia ventura;  
 Porque á todas igualaba  
 Como tijeras de mula.  
 Esta era mi vida, Amor,  
 Antes que las flechas tuyas  
 Hicieran en mi terrero  
 Y blanco de desventura.  
 Enseñáste me, traidor,  
 La mañana de San Lúcas  
 Un rostro como de almendro,  
 Ojos garzos, trenzas rubias:  
 Tales eran trenzas y ojos,  
 Que tengo por muy sin duda  
 Que cayera en tentacion  
 Un viejo con extrangurria.  
 Desde entónces acá sé  
 Que matas y que aseguras;  
 Que das en el corazon,  
 Y que á los ojos apuntas.  
 Sé que nadie se te escapa,  
 Pues cuando mas de tí huya  
 No hay vara de inquisicion  
 Que así halle á quien tú buscas.  
 Sé que tu guerra es civil,  
 Y sé que es tu paz de Júdas,  
 Que aguardas para batalla,  
 Y que llamas para justas.  
 Sé que te armas de diamantes,  
 Y nos das lanzas de juncia;  
 Y para arneses de vidrio  
 Espada de acero empuñas.  
 Sé que para el bien te duermes,  
 Y que para el mal madrugas;  
 Que te sirves como grande,  
 Y que pagas como mula.  
 Perdona pues mi bonete<sup>2</sup>;  
 Mira que te descomulga:  
 Levanta el arco, y revuelve  
 De tus saetas las puntas  
 Contra los que sus juicios  
 Significan bien sus plumas,  
 Mas con los que ciñen armas,

Bien callas y disimulas:  
 De gallina son tus alas:  
 Véte para hideputa.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Por su estilo parece ser de Góngora este romance.<sup>2</sup> Alude á que Góngora era clérigo.

1677.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Dejad los libros un rato,  
 Señor licenciado Ortiz,  
 Porque tengo que contaros  
 De cosillas un cabiz:  
 Y es el cuento, mi señor,  
 De una Doña Beatriz,  
 Poco mas alta en valor  
 Que nido de codorniz.  
 Fuíla un día á visitar,  
 Y dijo: — Señor Don Luis,  
 ¿Qué manda vuestra merced?  
 — Servirla, mi emperatriz.  
 — ¿Es negocio de importancia,  
 Señor, á lo que venís?  
 Respondí á lo sevillano:  
 — Bien poquito mas de un tris.—  
 Luego mostró mas revueltas  
 Que trae granos el maiz,  
 Diciendo: — No soy mujer  
 De las con quien vos cutis,  
 Y muy poquito aprovecha  
 Sotana y sobrepelliz.  
 Para lo mucho que cuesta  
 Sacar la primer raiz.—  
 Parecióme su respuesta  
 No de mozueta aprendiz.  
 Dijela: — Empadronadora  
 Mas que la iglesia matriz,  
 Sin que doncella os hagais,  
 Sabemos de qué vivís;  
 Pues si cerrais una puerta,  
 Otras doscientas abris,  
 Y que sois mas conocida  
 Que el meson de Antonio Ruiz,  
 O en Valladolid nombrado  
 Por pleiteante Moriz,  
 Y en Lisboa los fidalgos  
 Del linaje de Moñiz,  
 O en Vizcaya los que llaman  
 De Oñez y de Madrid;  
 Y que sois mas ordinaria  
 Que en botica almofariz,  
 O en meson los cabezales  
 Ordinarios de terliz;  
 Y que os sacará un podenco,  
 Aunque le falte nariz,  
 Por el rastro que dejais  
 Como en nieve la perdiz.—  
 Y como vi que miraba  
 Retuerta como cambiz,  
 Dije: — No soy tercielo  
 Para hacer harpon con giz.—  
 Respondióme: — Mi señor,  
 Aunque bachiller venís,  
 Nada habeis de negociar  
 Si no me contribuis.—  
 Viéndola pues tan resuelta  
 En la manera que ois,  
 Y yo sin nada que darle,  
 Renegué de su matiz,  
 Y eché de ver que la honra  
 De gente de este país,  
 Está cubierta y cifrada  
 Con amarillo barniz.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Este romance es sin duda de Góngora, aunque no se halla inserto en sus obras.

1678.

(Anónimo.)

Hizo calor una noche,  
Tan grande y tan insufrible,  
Que me sacó de mi casa  
Después de dados mañinas.  
Acompañóme un amigo  
De amistad sincera y firme,  
A quien para en paz y en guerra  
Yo no trocará por quince.  
Ibamos los dos cantando  
Con voz medrosa y humilde,  
Porque entonces se estrenaba  
Mi contrabajo y su tiple;  
Cuando al doblar una calle  
De repente nos embisten  
Dos damas de muy buen garbo,  
Con verdugado y chapines.  
A dos agudas razones  
Que las dijimos, se rinden,  
Aunque un doblon que iba entre ellas  
De las razones se rie.  
Estaba clara la luna,  
Encarando al que la rige  
Con luz mas clara y serena  
Que el sol de quien la recibe.  
No había con nuestras damas  
Remedio de descubrirse,  
Aunque entre muchos requiebros  
Estas razones les dije:  
—Quiere el cielo que alabemos,  
Divinos rostros gentiles,  
La belleza con que os hizo  
En la tierra serafines:  
No está él ménos ofendido  
Que nosotros infelices,  
En que queráis con el manto  
Dos soles suyos se eclipsen.—  
No debieron de entenderme;  
Porque con risa increíble  
Preguntaron si era zote  
Que las hablaba latines.  
Así los tiernos requiebros  
Que allí no podían servirme;  
Los troqué en estas injurias  
Lisonjeras, convenientes.  
—Vuestas mercedes son tuertas  
Mas que el gigante de Ulises:  
Si no mas tuertas, mas necias;  
Si no necias, insufribles.  
Si encubrirse es damera,  
Desengañolas, que sirve  
Mas há de un año en galera  
Por otro tanto el melindre.—  
Entonces la de mi amigo,  
Desenvuelta, alegre y libre,  
Nos descubrió un rostro digno  
Que el mas hermoso lo envidie.  
Mostróme unos ojos negros,  
Graves en extremo y libres,  
De dulce contemplacion,  
Hermosos y señoriles.  
Una boca, chica era,  
Que con un piñon se mide,  
Segura de que haya otra  
Que así enamore y cautive.  
Yo viéndola, sin respeto  
De que era ajena, la dije:  
—Amor haga que en mi cama  
Siempre estas pulgas habiten.—  
Volvime para la mia,  
Deshecha en celos de oirme,  
Y quedé en hora menguada,  
Que siempre me martirice.  
Porque descubrió un cabello  
Del color que el papel tiñe,  
Con quien el mismo azabache,  
De vencido, no compite,

Y unos ojos repulgados,  
Tan pequeños y tan ruines,  
Que no viera si eran ojos,  
No los teniendo de lince.  
Daba á la sumida boca  
Oscuro sepulcro y triste  
La barba, que procuraba  
Juntarse con las narices;  
Los dientes tenían vergüenza,  
Por ser pocos, de reirse,  
Y por no tener mas blanco  
Que el blanco que los divide.  
Perdi el color de soldado  
Y los humos juveniles:  
Pegárouseme á la tierra  
Los piés y los borceguies,  
Que no me meneara un carro  
Tirado de cien rocines;  
Y así dije: — ¡Justo cielo,  
Que tales caras permites!—  
Ella respondió diciendo:  
—Mi bien, no te escandalices,  
Ni se te atrevan congojas,  
Ni con ellas me lastimes;  
No hagas toda la cuenta  
De las pasiones visibles:  
Mira las prendas del alma,  
Y juro nunca me olvidas.—  
La voz con que esto decia  
Era de gozque que gime,  
Y para que un hombre honrado  
Se arrojará en un algibe.  
Yo la respondí: — Mi cielo,  
Señora, no es maravilla,  
Que no puede tener honra  
Quien de aquesto no se aflige:  
No soy nacido entre sierras,  
Ni entre osos ó jabalies,  
Ni tígres me dieron leche,  
Para que acometa á un tigre:  
Nací entre padres cristianos  
Y entre regalos sutiles,  
Y no he hecho al Rey traicion  
Para que así me castigue.—  
Esto le dije, y huyendo  
La calle abajo me vine,  
Porque para responderme  
Comenzaba á apercebirse.

(Romancero general.)

1679.

(Anónimo.)

En aquel tiempo dorado,  
Cuando Dios quiso que fué  
Hecho el mundo á buena fin,  
Y no como agora es;  
Cuando la doncella honrada  
Conservada en su niñez  
Se casaba á los cuarenta,  
Y de otro tanto el doncel;  
Cuando todos se querian  
Solo por quererse bien,  
Entonces, si Dios quisiera,  
Me holgara yo de nacer,  
No agora, que quieren todas  
No mas de porque las dén,  
Y dura tanto el amor  
Como dura el interes:  
« ¡Fuego de Dios en querer bien,  
¡Amen, amen!»  
¡Tiempo bueno, tiempo bueno  
Como has dado ya al traves!  
¡Cuán diferente que estás  
De lo que antes solias ser!  
Mudóse el trato sencillo  
Con la mudanza y traves:  
Ya no hay verdad en el mundo;

Todos tratan con doblez:  
Los mancebos d'este tiempo  
No saben qué cosa es fe;  
Todos son Bartolo-mico,  
No hay ningun Bartolomé.  
No pedian las mujeres  
Antes un solo alfiler,  
Y la que agora no pide  
No sé tiene por mujer.  
« ¡Fuego de Dios en el querer bien!  
¡Amen, amen!»  
Pásanse agora las ninfas  
Sin llegar á madurez:  
Ya mas de diez se han pasado,  
Que no llegan á los diez;  
Riéganse cada momento,  
Y esto las echa á perder,  
Que vienen á estar marchitas  
Antes que llegue vejez.  
Traen vara de comision  
Contra los hombres de bien,  
Que dura toda la vida,  
Y aun otro tanto despues;  
No les harta el apetito  
La fruta del Aranjuez,  
Ni la plata de las Indias,  
Ni los barbechos de Fez:  
« ¡Fuego de Dios en el querer bien!  
¡Amen, amen!»  
Con sus tocas reverendas  
A la que terciá veréis,  
Que no parece tercera  
Sino prima de un marques,  
Si os ve cruzar por la calle,  
Cruzada su cara esté,  
Os dará por un cruzado  
Por quien os crucifiqueis.  
Luego sale Doña Juana,  
Doña Justa y Doña Ines,  
En la lengua los amores  
Y en la mano el arancel:  
Hacen os tiernas caricias,  
Y como tiernos os ven,  
Peores que sanguijuelas  
Os chupan lo que traeis.  
« ¡Fuego de Dios en el querer bien!  
¡Amen, amen!»

(Romancero general.)

1680.

(Anónimo.)

Topó al ciego virotero  
Con su carcax y apatuscos  
Un arriero taimado  
Entre los piés de sus mulos,  
A dos leguas de Madrid,  
Durmiendo entre juncia y juncos,  
Orilla de Manzanáres,  
Una mañana de junio.  
Paró la recua, y miróle,  
Viéndole helado y desnudo,  
Y tentándole las plumas,  
Dijo: — ¡Gentil avechicho!  
Cargar quiero con sus bienes,  
Que será posible alguno,  
Por ser ave extraordinaria,  
Pagármela por de gusto;  
Pero no sé si lo acierto,  
Que parece un mal lechuzo,  
Y mas, si es este el que llaman  
El dios de los vagamundos.  
Mejor será despertarle  
Sin hacerle mal ninguno,  
Y saber á dó camina,  
Y si es como ciego, mudo:  
—Hola, muchacho, despierta,  
Que estás aquí mal seguro,

Y te quitarán la capa  
Los ladrones, que andan muchos.—  
Dióle una grande risada  
Al isteño, cauto, astuto,  
Y dijo: — Cubrios con ella,  
Que buen invierno os anuncio.  
—Mejor me está mi manchega  
Con que me arrebozo y cubro,  
Le respondió el arriero;  
Que la vuestra está sin jugo.  
¿Dónde caminais, mocito,  
A pié y con tan huecos humos?  
—A Valladolid, hermano,  
Y por la calor madrugó.  
—No os dará mucha la ropa,  
Ni las costuras disgusto,  
Ni aun daréis en la camisa  
Por cien ducados un nudo.  
Alto pues, andad allá,  
Si gustais que vamos juntos,  
Que no os faltará una enjalma,  
Y de pan cualquier mendrugo.—  
Levantóse y caminaron,  
Y á poco trecho que anduvo,  
El arriero espantado,  
Dijo al muchacho: — Pregunto,  
¿Sois volteador por ventura,  
Hijo, que vestis tan justo?  
¿Sois espantajo ó corito,  
O cosa del otro mundo?  
Decidme quién sois, os ruego,  
Que es verdad que estoy confuso,  
Que aunque teneis buena cara,  
El talle es fuera del uso.—  
El bellaco del mozuolo  
Respondió risueño al punto:  
—Necio sois para arriero,  
Si puede haber necio, alguno.  
Yo soy el hijo de Venus,  
Que de los reyes me burlo,  
Cuyas coronas y cetros  
Con este arquillo trabuco:  
No hay hombre que se me escape,  
Ni se esconda si le busco;  
Y aun sobre las mismas nubes  
Tras él por los aires subo.  
Agora voy á la corte,  
Adonde yo os aseguro  
Que mas de cuatro reposan,  
Que aguardan trances bien duros.  
— ¡Doyle al diablo por rapaz,  
Agulochó, grulla ó buho,  
Si no diera por no verte  
De mi recua el mejor mulo!—  
Con esto á la torre llegan  
De Lodones, donde al punto  
Dieron cebada y picaron;  
Mas el niño resuelto  
Dijo: — Caminad, amigo,  
Que me es el sol importuno,  
Y quiero en aqueste pueblo  
Hacer noche por mi gusto.  
Yo os alcanzaré despues,  
Y aunque os pesará, barrunto  
Que aun se está la deuda en pié,  
En que el toparos me puso.  
Volvióse al meson con esto,  
Adonde á un rincón se puso,  
Hasta que le vido lleno  
De gente de todo rumbo,  
Donde se rieron de él,  
Y él de suerte lo dispuso  
Con sus trazas de embaidor,  
Que sembró llanto profundo.  
La mesonera se abrasa,  
Sus hijas pierden los pulsos,  
Arde la moza gallega,  
Y da por cebada humo.  
Los huéspedes se alborotan,